

TODOS ESPERAN QUE NO OCURRA

Muerte y montaña caminan de la mano: la oscuridad perfilando su sombra sobre una actividad luminosa. Tras los mediáticos rescates frustrados de Iñaki Ochoa de Olza y de Oscar Pérez, quedó patente que una gran parte de la sociedad no entiende por qué un alpinista se expone a los peligros inherentes a su actividad, gesto que considera egoísta. ¿Debe el alpinismo justificarse? ¿Asumimos realmente la posibilidad de morir haciendo lo que más nos gusta? ¿Qué sentimientos albergan los familiares de los desaparecidos? Pedro Allueva, Doctor en Psicología, y el escritor Ramón Olasagasti responden a éstas y otras consideraciones a sabiendas de que no existen respuestas absolutas

POR Oscar Gogorza ILUSTRACIONES Alex Romero



Un padre, sentado a la mesa, se dirige a dos de sus hijos para advertirles que su hermano mayor, montañero, desarrolla actividades peligrosas, desconocidas por ellos, que podrían causarle la muerte. Dice, a modo de resumen, que será preciso asumir tal realidad. El hermano ausente se recupera en un hospital de un grave accidente del que ha escapado con vida de milagro. En la mesa, los hermanos asienten sin saber muy bien qué añadir, decidiendo en silencio si asumirán o no la novedad. La madre prefiere levantarse... quizá ha olvidado algo en la cocina.

La realidad es terca: hombres y mujeres mueren en la montaña, en las más elevadas y en las más modestas, escalando y caminando, esquiando, subiendo o bajando. Así ha sido desde siempre. Sin embargo, a tenor de los datos federativos, de la proliferación de fabricantes de material y negocios relacionados con la montaña, nunca hubo tanta gente asediando paredes, aristas, senderos, glaciares, cimas o rocódromos. Según un periódico aragonés, el pasado año murió en la provincia de Huesca más gente en la montaña que en la carretera. Un dato que merece la pena masticar correctamente antes de tragar y olvidar. Con todo, no es éste un texto que pretenda explicar quién sufre los accidentes en montaña, y por qué causas. La Guardia Civil de Montaña trabaja en un memorándum que seguramente ilustrará perfectamente qué hacemos mal cuando acabamos sufriendo un accidente. Pero más allá de estas consideraciones existen unas cuantas cuestiones recurrentes que nunca acaban de responderse de forma absolutamente satisfactoria: ¿Qué hace que salgamos a la montaña a sabiendas del peligro que podemos llegar a correr? ¿Por qué ante una tragedia sonada una parte de la sociedad responde admirando al ser desaparecido y la otra carga, furibunda, contra su "egoísmo", "estupidez" o "falta de responsabilidad"? ¿De qué manera asume la familia de un fallecido su ausencia? ¿Debe la gente de la montaña justificar su pasión ante el resto de la sociedad? ¿Exponerse a los peligros inherentes a la práctica del montañismo es un gesto de egoísmo supino?

Los rescates frustrados de Iñaki Ochoa de Olza y de Oscar Pérez nunca pusieron de acuerdo a los profanos, que no dejaban de preguntarse si tenía sentido tanto sufrimiento, tantas vidas en peligro. No se trataba solo de incomprensión ante la solidaridad, sino de escudriñar el origen del 'mal': la pasión por escalar, ya sea montañas, paredes o tro-

zos de piedra. Pedro Allueva, Doctor en Psicología, Profesor de la Universidad de Zaragoza e Investigador Principal del Grupo de investigación reconocido por el Gobierno de Aragón 'Salud y Seguridad en la Montaña' sabe bien que las motivaciones de los alpinistas son tan exclusivas como nuestros pensamientos más íntimos, pero se atreve a ofrecer una explicación al hecho de afrontar riesgos con plena conciencia de su existencia: "siempre que hacemos algo, lo hacemos por algún motivo. Lo que mueve (motiva) a un alpinista a intentar superar lo casi inalcanzable puede ser muy distinto de uno a otro. La motivación por las actividades que entrañan riesgo es un rasgo de personalidad que se manifiesta en muchas de estas personas, por tanto, es el propio riesgo y la superación de esa situación de ansiedad la que les mueve a realizar la escalada. Otros alpinistas buscan superarse a sí mismos en el intento del "más difícil todavía" sin ser conscientes en ocasiones, de que superan sus propios límites y están arriesgando la vida muy seriamente, o siendo conscientes creen que merece la pena arriesgar la vida a cambio de la satisfacción de alcanzar la cima. En otros casos, la situación de la persona ante el grupo de iguales (estatus personal como escalador) le lleva a querer demostrar que es capaz de realizar una escalada determinada. También se da el caso de escaladores que lo han convertido en su profesión y medio de vida. En definitiva, la combinación de diferentes variables personales y situacionales nos puede dar como resultado ser capaces de arriesgar la vida por alcanzar una cima o una meta determinada", enumera.

En los casos de Iñaki Ochoa de Olza y de Oscar Pérez, sumamente repertoriados por los medios generalistas de comunicación, la gente de a pie se involucró en sendos dramas, dejando al descubierto sus reticencias sobre una actividad sospechosa de generar dolor. "Según como se presenta la noticia, la sociedad se sensibiliza de una forma u otra. Generalmente suelen identificarse con los familiares y amigos que lloran la muerte, lo que les hace pensar que si el alpinista no hubiera arriesgado la vida ahora no sufrirían todas esas personas, haciendo responsable al alpinista de dicho sufrimiento", explica Allueva. ¿Y qué ocurre con las familias de los desaparecidos? ¿Hacia dónde dirigen su dolor? ¿Buscan, como el resto de la sociedad, exorcizar su mal culpabilizando a la montaña? El periodista y escritor guipuz-



“Según como se presenta la noticia, la sociedad se sensibiliza de una forma u otra”

coano, Ramón Olasagasti, autor del estimable libro 'Las cumbres del alma', obra que repasa la trayectoria vital de una veintena larga de alpinistas vasos desaparecidos, reconoce que "no sabría responder con certeza. Quizás en los primeros momentos cuando las noticias llegan confusas, el dolor te agarrota y es terriblemente difícil aceptar lo ocurrido, es comprensible descargar ese remolino de sentimientos buscando algún 'culpable'. Las familias sufren mucho cuando algún familiar está en la montaña, porque saben que siempre existe el riesgo de que ocurra algo, y, en cierto modo, asumen esa probabilidad. Pero en las pocas veces que ocurre y te toca a ti vivirlo, es muy duro, y buscas, más que culpables, porqués: ¿Por qué a mi hija? ¿Por qué un alud justo en ese momento? ¿Por qué se desató ese anclaje justo cuando pasaba él?... Son preguntas sin respuesta a unas muertes traumáticas dada la juventud de los fallecidos. Pero son las mismas preguntas sin respuesta que buscan quienes pierden a un hijo/a por leucemia o a una madre por infarto en la flor de su vida. La montaña, como la vida misma, no entiende de sentimientos, no es ni cruel ni benévola; a veces da zarpazos que marcan un antes y un después en tu vida y a veces ofrece momentos increíbles y maravillosos. Considero que después de todas esas preguntas y reflexiones sin respuesta, después de todas las fases del duelo, los familiares llegan también a esa misma conclusión".

El alpinista siempre se ha visto, desde Mallory hasta nuestros días, en la obligación de explicar y justificar su actividad, quizá porque vive actividades que se escapan al ritmo de lo cotidiano, quizá porque el ser humano necesita comprender, a veces para crecer, casi siempre para poder criticar a su antojo. Ramón Olasagasti considera estéril explicar qué muer-



ve al ser humano hacia las montañas. "En un principio recuerdo que traté de hacer comprender la intensidad, el poder de atracción que ejerce la montaña, para que la gente comprendiera qué es lo que lleva a un montañero a arriesgar su vida en la conquista de lo inútil, como dijo en su día Terray, pero me di cuenta de que mi empeño era igual de inútil, que lo que intentaba era buscar una justificación, un sentido o un porqué a unas vidas (y unas muertes), y, al fin y al cabo, una pasión se siente o no se siente, y comprender esa pasión sin compartirla es complicado". Tan complicado que, a veces, aunque se entienda, la comprensión no sirve para atenuar el dolor, la indignación o para silenciar la crítica. "Desde el instinto de supervivencia que tenemos las personas es difícil comprender por qué otros arriesgan la vida sin un beneficio aparente", asegura Pedro Allueva: "Para poder comprender a los otros debemos ser empáticos, es decir, debemos ser capaces de ponernos en el lugar del alpinista. Decía la escaladora francesa Chantal Mau-

dit (ascendió 6 ochomiles sin oxígeno y murió en una avalancha en el Dhaulagiri el 13 de mayo de 1998) "Pergo la felicidad. Y la montaña responde a mi búsqueda", posiblemente esta frase la firmarían bastantes de estos montañeros que se exponen a situaciones extremas. No obstante, hay ocasiones en las que algunos alpinistas arriesgan su vida o incluso la de compañeros de cordada incomprensiblemente. La gran mayoría de accidentes en montaña podrían evitarse siguiendo las normas básicas de seguridad en montaña", mantiene.

Con todo, la realidad arroja como en un goteo previsible, un cadáver tras otro. El último sonado, el de Kurt Albert, cuya desaparición ha descolocado tanto a la comunidad alpinística que ésta ha enmudecido, incapaz de emitir un veredicto sobre la noticia. La muerte bloquea, colapsa, atonta, anestesia o, al contrario, lo arrasa todo a su paso, devasta a los que se quedan, a los que pierden a su ser querido. "Creo que en general en nuestra sociedad falta educación ante la muerte. Des-

HABLAR DE LA MUERTE... DESDE LA VIDA

Por xxxxxxxxxx

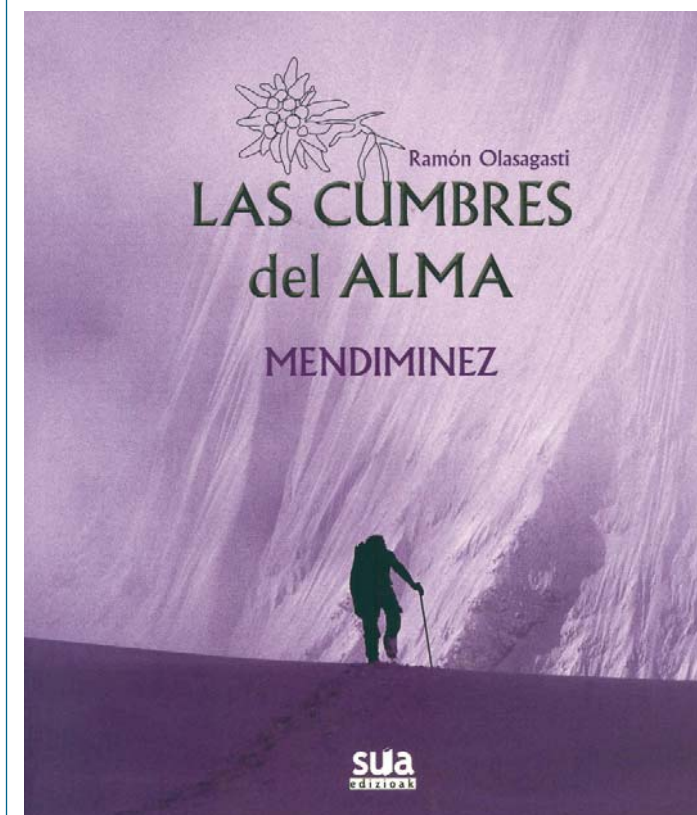
Para escribir un libro que recoja la vida de una veintena de montañeros muertos hace falta valentía. Es preciso, también, tener buenas intenciones. Ramón Olasagasti, autor de 'Las cumbres del alma' todavía recuerda con pudor las entrevistas a familiares y amigos de los desaparecidos, aproximaciones delicadas, indagaciones que no se malinterpretasen: "cuando llamaba a compañeros de cordada, familiares, amigos, la mayoría aceptaba de buena gana colaborar con su testimonio. Creo que entendían el proyecto como una forma de hacer perdurar el recuerdo, las vidas, la trayectoria alpina de quienes ya no están físicamente entre nosotros, pero continúan muy presentes en sus vidas. Me costó mucho hablar con ellos. Lo pasaba muy mal cada vez que llamada por teléfono para concertar una cita. Sentía que cada entrevista, cada charla era una pequeña invasión de su intimidad y sabía que después de elaborar el texto mi deber era abandonar ese terreno íntimo sin dejar la mínima huella, sin que se notase que había pasado por allí. Sin crear desasosiegos ni malas experiencias. No sé si lo logré, pero he de decir que la ayuda y la colaboración por parte de todos fue inestimable, y siempre les estaré muy agradecido", reconoce Olasagasti.

No es una literatura de montaña al uso, no hay emociones fuertes, peligros, finales felices. Tampoco tristes. Son relatos llenos de vida, didácticos, perfiles de

seres corrientes con pasiones fuertemente arraigadas. Lo excepcional es la temática: hablar de vida partiendo de la muerte. El principio desde el final. "Fueron varios los motivos que me llevaron a escribir el libro. Uno de ellos, la impotencia periodística que me invadía cada vez que ocurría un accidente de montaña y tenía que resumir una vida ente-

ra, repleta de actividades y vivencias en una escueta página de periódico a modo de biografía enciclopédica y ver que esa página de periódico caducaba al día siguiente. Hacia tiempo que me rondaba por la cabeza la idea de escribir unas biografías mas extensas, dando voz a aquellos que compartieron vida, sueños, escaladas, momentos duros y momen-

tos felices con los alpinistas que ya no están entre nosotros, recogiendo sus testimonios y recuerdos, e hilvanar esas palabras con la trayectoria que llevaron los biografiados, cuando menos para que ese recuerdo perdure en un texto mas cálido y en un formato mas duradero que una página de un diario perdida en las hemerotecas. Tuve muchas dudas: sabía que habría de tocar muchas fibras, hacer revivir momentos difíciles, y hacerlo sin causar más dolor, sin escarbar en heridas abiertas, y, por supuesto, sin caer ni en el morbo, ni en la épica, ni en mitificar a estas personas. Había una cosa que tenía clara y eso fue lo que me animó a seguir adelante: me interesaba hablar de sus vidas, de su trayectoria, de sus escaladas y vivencias, no de su muerte ni del dolor que conllevó sus pérdidas. Yo creo que todos nos podemos hacer una idea del inmenso vacío que puede causar una pérdida tan traumática. Casi todos hemos perdido algún ser querido en un accidente, no necesariamente de montaña, y sabemos lo duro que es una vida segada así de repente. Por eso en ningún momento traté de llegar a ese dolor, ni ahondar en él. Me interesaba reflejar la intensidad con la que vivieron su vida, su pasión por una afición que muchos consideran absurda, ese impulso difícil de explicar en palabras.. Muchas veces lo digo: fue en la montaña (no en todos los casos) donde perdieron su vida, pero sobre todo fue en la montaña donde encontraron su vida".



de la psicología es un aspecto bastante estudiado, pero a pesar de ello no se le dedica la debida atención en los entornos educativos como la familia o la escuela. Sin embargo, hay personas que lo tienen muy bien asumido. Es el caso de algunos alpinistas que saben que ese momento les tiene que llegar y además querrían que fuese en la montaña haciendo lo que más les gusta, y esta forma de pensar les lleva a asumir mayores riesgos”, recuerda Allueva.

Pero es la misma sociedad la que demoniza o entroniza como héroes a los alpinistas, a veces sin disponer de información objetiva de sus méritos, casi siempre espoleada por la prensa, siempre ávida de reclutar nuevos apellidos para su cruzada, para que no estén solos los futbolistas, ciclistas, tenistas, motociclistas y demás figuras del momento. La familia de un desaparecido, en cambio, maneja otro tipo de información, casi siempre más ajustada a la verdad, menos glamurosa: “Félix Inurrategi decía que la sociedad tiene la costumbre de buscar héroes. “Te hacen héroe en un cuarto de hora. La gente lleva sus valoraciones al extremo: o no le da ningún valor a lo que haces, o, cuando consigues la cima, lo eleva a la categoría de lo divino”, decía. Es difícil juzgar el alpinismo como un simple deporte, pues además del aspecto deportivo existen otros muchos componentes, y, por tanto, tampoco es fácil clasificar las actividades, pero

ruido en la montaña, guardan la imagen que han tenido siempre: antes es hijo o hija, hermano o hermana, compañero/a que montañero. Antes es persona que alpinista y son los familiares quienes mejor los han conocido para saber de su talla humana”, puntualiza Olasagasti.

Sin embargo, son hombres y mujeres quienes recorren la montaña, a veces tan cegados por sus ambiciones que no se detienen ni espantan ante la muerte, que les guiña un ojo con picardía. Solo así se entiende que en los ‘ochomiles’ (y aquí el Everest se lleva la palma) se



“Una pasión se siente o no se siente, y comprender esa pasión sin compartirla es complicado”

está claro que algunas ascensiones, escaladas, actividades son de más alto nivel que otras. Y siguiendo esa lógica, algunos alpinistas tienen mayor nivel, o más experiencia, o mejor condición física que otros, y en base a ese nivel con el tiempo van trazando una trayectoria. Podemos sentir admiración, respeto, por esa trayectoria, pero de ahí a llevarlos al altar de los héroes hay un trecho y los mismos alpinistas reniegan de ello. Lo que ocurre es que cuando alguien muere, los medios de comunicación en general subrayan el riesgo que conlleva la montaña, esa lucha del alpinista contra los medios, y de modo implícito, se ensalzan valores como la valentía, la fuerza, etc. Y es así como esas trayectorias se elevan a lo épico, y se mitifica a los alpinistas convirtiéndolos en héroes. A mi parecer, los familiares que han perdido a un ser que-

camine hacia la cima esquivando cadáveres, saltando por encima de moribundos, mirando hacia otro lado cuando alguien sufre un accidente, como si se tratase de un incidente que ha dejado un vehículo averiado en la autopista. Pedro Allueva organizó y participó en la 1ª Expedición Científica Aragonesa al Himalaya en la primavera de 2008, tomando datos de las tres áreas que estudia el grupo: seguridad, medicina y psicología, pasando pruebas psicológicas y de resolución de problemas a componentes del GMAM en el campo 2 del Everest.

“En las expediciones comerciales, del tipo de las que se hacen al Everest, se pagan grandes cantidades de dinero por hacer la cima y en algunos casos es lo único que importa, dándose casos (documentados) de falta de auxilio a personas necesitadas. Son personas que

únicamente quieren ‘lucir’ la medalla del Everest en la solapa. Sin embargo, generalmente entre montañeros, se ayuda a las personas que se ven con dificultades, prestando todo tipo de auxilios y renunciado a los intereses personales. El montañero es solidario. No obstante, en altitudes extremas se dan situaciones muy especiales, tanto personales (agotamiento físico y/o psíquico, desnutrición, deshidratación, congelaciones, edema pulmonar y/o cerebral,...), como ambientales (condiciones extremas de viento, frío, dificultad técnica,...)

que combinadas entre sí pueden dar como resultado distintos comportamientos que desde fuera pueden verse como más o menos solidarios. Por otra parte, están las variables relacionadas con la víctima y las circunstancias que le han llevado a esa situación... ¿es un accidente fruto de la mala suerte?, ¿es una negligencia que pone en peligro la vida de otras personas?, ¿tomó la decisión de seguir la escalada arriesgando su vida y la de otras personas? ¿...? En definitiva, son muchas las variables que se conjugan en situaciones de máximo peligro donde la vida está en juego. Lo primero que hay que tener en cuenta es que cada uno es responsable de las decisiones que toma cuando decide ascender una montaña y máxime en condiciones extremas donde posiblemente nadie tenga fuerzas ni medios para ayudarlo. Lo segundo que hay que tener en cuenta es que empeñarse en prestar ayuda a otro para morir los dos no es solidaridad. En tercer lugar, creo que no se puede dudar entre prestar ayuda y perder la posibilidad de hacer una cima, y el verdadero montañero no lo duda. Sí que hay que saber valorar con qué tipo de acciones se van a salvar más vidas y, en consecuencia, tomar las decisiones más acertadas”.

La misma familia que encabezaba estas líneas, vuelve a estar reunida en torno a la mesa, incluido el tercer hijo, que abandonó el hospital varios meses atrás. Ha vuelto a escalar, de nuevo la montaña es el eje central de su vida. Nadie le pide explicaciones: todos saben lo que puede ocurrir. Todos esperan que no ocurra. ❧

La misma familia que encabezaba estas líneas, vuelve a estar reunida en torno a la mesa, incluido el tercer hijo, que abandonó el hospital varios meses atrás. Ha vuelto a escalar, de nuevo la montaña es el eje central de su vida. Nadie le pide explicaciones: todos saben lo que puede ocurrir. Todos esperan que no ocurra. ❧



KURT ALBERT (1954-2010)

¿Cómo calificar la muerte de Kurt Albert? Los tópicos hablan, no sin acierto, de ‘pérdida irremediable’, del trágico adiós al inventor alemán del ‘Rotpunkt’, el punto rojo que hoy conocemos como ‘encadenar’. Las crónicas destacan el perfil pionero de este genial escalador alemán que un buen día tuvo una gran idea y decidió pintarla de rojo. Sin embargo, resulta complicado dar con un calificativo redondo que exprese a un mismo tiempo cierta sensación de desamparo, incredulidad, paradoja y tristeza derivada de su inesperada muerte en una vía ferrata. Es algo tan extraño como si Ayrton Senna se hubiese matado a los mandos de un auto de choque en una feria cualquiera. Después de darle mil vueltas, uno tampoco es capaz de dar con el adjetivo calificativo que lo diga todo, que ponga un poco de orden en el caos de la muerte de Kurt Albert. La muerte, sabido es, no atiende a razones y quizá esta premisa impida explicar racionalmente por qué un alpinista de talla, el amigo íntimo del superdotado Wolfgang Gullich, el mismo que se aburría con la escalada artificial y cambió el trámite de ‘subir por una pared’ por la ‘aventura de escalar’ ha podido desaparecer de manera tan inesperada.

Al pintar en 1975 un punto rojo al pie de una vía del Frankenjura, Kurt Albert no sólo nos regaló las bases del juego de la escalada deportiva que hoy seduce a tantos, sino que sentó los cimientos de una ética tan antigua como popular que venía a decir que el fin no justifica los medios. Y eso, en el mundo de la escalada, e incluso del alpinismo, fue un discurso revolucionario... que todavía, en ciertos ámbitos, no ha terminado de calar. Con todo, Kurt Albert no inventó la escalada deportiva lúdica y volcada en la dificultad que hoy conocemos y disfrutamos: el punto rojo era la guinda de una pelea con la vía que tenía tanto de reto físico como de apuesta psicológica, dada la calidad de los seguros y la distancia entre ellos. Hoy, nos hemos quedado con el juego, prescindiendo del reto mental que suponía enfrentarse a largas y peligrosas caídas.

Arrinconados los estribos, solo quedaba por resolver cómo usar de la mejor manera posible pies y manos al contacto de la roca. Para combatir el estrés del vacío, Albert, Gullich y todos los asiduos de la casa que ambos compartieron durante años se dedicaron a perfeccionar o a inventar técnicas de entrenamiento que les per-

mitiesen mitigar las leyes de la gravedad. Fuerza, resistencia y técnica al servicio de un nuevo horizonte, mucho más audaz y divertido. Casi siempre experimentaban; muchas veces acabaron sobreentrenados, saturados de vías, tracciones con peso para desayunar y cenar, campus...

Albert buscaba la escalada más pura en todas las manifestaciones de la roca, desde los modestos bloques hasta las paredes del Karakorum, pasando por la Patagonia y el Frankenjura: progresar sin más ayuda que la fuerza y la destreza. Llevó a cabo lo que se propuso y sus vías dan fe de su empeño, con ‘Eternal Flame’, en la Torre del Triango, como obra mayor y prueba de que la pintura roja también podía viajar hasta las paredes más inhóspitas del planeta. El estilo ‘libre’ acabó imponiéndose pero no por decreto sino por simpatía, el rasgo que mejor caracterizaba a Kurt Albert según reflejan los que le conocieron. Albert nunca quiso hacer dogma de fe de su gesto con el pincel teñido de rojo: tan solo imaginó una manera más limpia de escalar, una motivación mayor de la que disfrutar. El resto del mundo podía hacer lo que le viniera en gana.